

EL ECO DE LA VERDAD.

SEMANARIO ESPIRITISTA.

<p>PRECIOS DE SUSCRICION. Barcelona: un trimestre adelantado. 4 ptas. Fuera de Barcelona: un año, id. . . 4 ptas. Extranjero y Ultramar: un año, id. . . 8 ptas.</p>	<p>LA REDACCION Y ADMINISTRACION, Calle de Fonollá, 24 y 26. Se publica los Jueves.</p>	<p>PUNTOS DE SUSCRICION. En Lérida, Administracion de El Buen Sentido, Mayor, 81, 2.º— Madrid: Almagro, 8, entr. derecha -Alicante: S. Francisco, 28, dup.º</p>
--	--	--

SUMARIO.

Cartas íntimas —Un adiós al oscurantismo y un saludo al progreso.—¡Ya era tiempo!—
 Lo que piden los niños.— Pensamientos.

CARTAS ÍNTIMAS.

Querido Plácido:

Respecto á tus continuas lamentaciones sobre el adelanto de nuestra doctrina, te diré que leas detenidamente la razonada fábula del poeta Sala, titulada «El Domador de fieras y el Filósofo.» Es sencilla y hasta vulgar en versificación; pero es la fiel espresion de la verdad; dice así:

Dijo un domador de fieras:

Si he amansado los leones,
 Si he vencido bravas hienas
 Y los tigres más feroces,
 ¿Quién me gana en heroísmo?
 Cierta sabio contestóle:
 Aquél que vence sus vicios,
 El que doma sus pasiones.

Los dos últimos versos te dicen más de todo cuanto yo te pudiera decir, y como ampliacion de ellos te haré algunas reflexiones.

Tú, desgraciadamente, has sido uno de los muchos hombres que se casan *porque sí*: vistes á una mujer bonita, desdeñosa por excelencia, llena de vanidad por su cuantiosa dote, que acogió con sonrisa burlona tu declaracion amorosa, y herido en lo más vivo tu orgullo juvenil, dijistes:

—Será mia! y lo fué.

Las leyes te entregaron el cuerpo de una mujer; pero como el alma tiene sus leyes propias, ésta aceptó el matrimonio para ser más libre todavía.

Tu amor propio quedó satisfecho; durante algunos meses te presentastes en los salones del gran mundo, porque te agradaba hacer efecto.

¡Ella era tan bonita!

¡Tan elegante!

Tan admirada de todos, que cualquiera se creeria feliz pudiendo decir: esa mujer es mia! Pero la moda pasa pronto, nuevos desposados se fueron presentando que absorbieron la atencion, y tú y Adela quedasteis relegados al olvido.

Tu esposa comenzó á sentirse indispuesta, el calor de los salones y de los teatros la fatigaba.

Sus megillas de rosa palidieron.

Sus negros ojos perdieron el brillo.

Su talle de sílfide perdió su esbeltez; y displicente y enojada al ver marchita su hermosura, pasaba los dias dominada por el más profundo fastidio.

Tú la mirabas y enmudecias, y, aunque tarde, repetías aquellos versos de Camprodon:

Y encuentra á su pesar el alma esquivada
Que falta en ambos el amor del alma.

Tú..... deseastes su belleza.
Ella no se sabe lo que deseaba.

Al fin fué madre, y aunque la maternidad es el sacerdocio de la mujer, como todas no saben ser sacerdotizas, Adela no lo fué.

Los hijos eran para ella una carga penosa; le quitaban tanto tiempo!.... Y tú, al verte con obligaciones de una familia, sin ninguno de los goces que esta suele ofrecer, maldecías interiormente la hora en que te colocastes el dogal al cuello.

¡Tu carácter se agrió!

¡Llegastes á ser huésped en tu casa!

¡Tus hijos vivieron solos!

Primero en poder de las nodrizas, despues confinados en los colegios; más tarde pasando el tiempo en las universidades, y Adela entre tanto mataba las horas con sus amigas.

Cuando tuvo más edad se dió á la devocion por entretenimiento, concluyó por ser fanática y hé aquí una nueva guerra entre ella y tú, la una devota y el otro ateo.

Asistir á vuestro banquete de familia dá frio.

Tus hijos ridiculizan á su madre y tú ó les ayudas á la buena obra, ó te pones á leer un periódico, y dejas que el mundo se desplome, y así pasais la vida, considerados de la sociedad porque teneis una buena posición social.

La disencion de la familia es moneda corriente, por lo tanto, ¿quién se fija en esas pequeñeces? Nadie, únicamente los locos que les dá por la moralidad y por el amor.

Tú pasas por hombre de talento, porque eres afortunado en tus empresas mercantiles.

Tu mujer hay quien la cree una santa, porque en estos tiempos tan *perversos*, le regala trajes á las vírgenes, aunque deje desnudos á sus parientes más cercanos.

Tus hijos tienen fama de listos y de aprovechados, y su finura es proverbial, por mas que traten á su madre con el mayor desden, y á ti con la más profunda indiferencia.

¡Sois lo que se llama una familia patriarcal!

En tal estado las cosas, no sé quien fué el primero que te habló de Espiritismo, lo que si recuerdo, es que vinistes á verme muy entusiasmado, y que me dijistes:

—Sabes que me he hecho espiritista?—Y yo te contesté: lo siento.

—Por qué? me preguntastes con enfado.

—Porque tendrás que decir un dia lo que dijo la zorra de la fábula mirando las uvas.

—Qué dijo? replicastes con impaciencia.

—Que estaban verdes, y eso mismo dirás tú de el Espiritismo.

Mis temores no han salido fallidos. Tú corristes trás de el Espiritismo de los fenómenos, buscastes los efectos físicos, y donde se anunciaba un charlatan, allí estabas tú para preguntar si las obligaciones de ferro-carril las pagarian pronto, y si el papel de la deuda seria algun dia el maná del desierto.

Como no tienes nada de tonto no tardabas en conocer que te engañaban, ponias el grito en el cielo al encontrar el fraude, decias que todo era mentira, y pagaban justos por pecadores, como sucede siempre. Yo te escuchaba y enmudecía, porque es penoso decirle á un sér que se cree un modelo de perfección, que es uno de

tantos, un cualquiera lleno de defectos más ó menos visibles; más hoy que estamos bien lejos el uno del otro, me atrevo á decirte lo que no te hubiera dicho cara á cara, por no ser testigo del rubor que tiñera tu frente.

Tú me pides te hable con franqueza, escúchame:

El Espiritismo no es un juego de cubiletes.

No es la nigromancia.

No es el horóscopo.

No es el fútil entretenimiento de preguntar si están en el sétimo cielo nuestros parientes y allegados, no; es otra cosa muy distinta, escucha lo que dice Allan Kardec en la introducción del libro de *Los Espíritus*, página 48:

«La moral de los Espíritus superiores se reasume, como la de Cristo, en esta máxima evangélica: Hacer con los otros lo que quisiéramos que á nosotros se nos hiciese, es decir, hacer bien y no mal. En este principio encuentra el hombre la regla de conducta universal para con sus más insignificantes acciones.

»Nos enseñan que el egoísmo, el orgullo, y el sensualismo son pasiones que nos aproximan á la naturaleza animal, ligándonos á la materia; que el hombre que, desde este mundo, se desprende de la materia despreciando las humanas futilidades y practicando el amor al prójimo, se aproxima á la naturaleza espiritual; que cada uno de nosotros debe ser útil con arreglo á las facultades y á los medios que Dios, para probarle, ha puesto á su disposición; que el Fuerte y poderoso debe apoyo y protección al Débil; porque el que abusa de su fuerza y poderío para oprimir á sus semejantes viola la ley de Dios. Nos enseñan, en fin, que en el mundo de los Espíritus, donde nada pueda ocultarse, el hipócrita será descubierto y patentizadas todas sus torpezas; que la presencia inevitable y perenne de aquellos con quienes nos hemos portado mal es uno de los castigos que nos están reservados, y al estado de inferioridad y de superioridad de los Espíritus, son inherentes á penas y recompensas desconocidas en la tierra.»

De tal razonamiento se desprende que el hombre que quiera ser Espiritista, no te diré que haga una confesión general, que se retire á un monte y haga penitencia, y que se entregue á mortificar su cuerpo; todos esos extremos son ridículos y fuera de las leyes naturales; pero sí es necesario que el neófito del Espiritismo examine su conciencia diariamente, que perfume su alma con profundas lecturas si es posible.

(Se concluirá.)

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

UN ADIOS AL OSCURANTISMO Y UN SALUDO AL PROGRESO.

¡Oh, oscurantismo, oscurantismo; viejo mundo de carcomida base; gigantesco castillo sin almenas; baluarte vencido por las armas de claras inteligencias; bosque de inculto follaje donde la luz no penetra; morada de craso error donde el hombre vive embrutecido, envuelto en las tinieblas de la ignorancia, sujeto por las cadenas de su apatía, circuido por el estrecho dogal de añejas costumbres; tu voz, ya no vibra como en los primitivos tiempos; tu frente, ya no se alza orgullosa para dirigir aquellas sangrientas guerras de salvajismo, porque tus huestes están sumamente diezgadas, y son pobres fugitivas que huyen de tí, como el ave del cazador, y van en busca de otro edificio mas sólido que les preste el necesario abrigo y preserve del arma homicida; eres un rey sin cetro, sin corte, sin vasallos, herido, derrotado y malparado; pero sin embargo de hallarte en la agonía, acosado de terribles convulsiones, el recuerdo de tu ayer te hace recobrar nuevas fuerzas y quieres levantarte de nuevo, mas ¡vana ilusión! tu cuerpo flaquea, tus piés vacilan, y..... caes desplomado, bajo el peso de tus errores!

Por desgracia, aun no has dejado de existir, y aunque es dolorosa y lenta tu agonía, no forges en tu mente nuevas esperanzas de regir mas al universo, porque la humanidad del siglo XIX, mirará con indiferencia tu repugnante figura; no acatará tus leyes, ni escuchará tu pobre filosofía; y bien á pesar tuyo, desaparecerás de la tierra como la noche al asomar el dia, ó como un edificio bajo la devastadora llama de un incendio; y á tu muerte, el niño con su voz infantil gritará ¡Libertad! el adulto dirá ¡Progreso! el hombre exclamará ¡Ciencia, oh! ábreme tus puertas y deja que penetre en tu sagrado recinto, porque tú eres la base del progreso, y el progreso es la civilizacion que eleva y distingue al hombre del salvaje al sér racional: y al escuchar esta voz salida del corazon, el anciano decrepito vislumbrando un rayo de luz, pero sin aliento ya, derramará dos gruesas lágrimas sobre tu tumba, y recordando el ayer de los siglos con amargura, no podrá menos de compadecer á las humanidades que por tanto tiempo en tu esclavitud han servido.

Sí, pobre oscurantismo; tú fuiste el tirano que edificó un mísero calabozo á la humanidad, tiranizándola á tu capricho, mas tus cadenas no pudiendo resistir el peso de tanta iniquidad, se han roto, y la humanidad al verse libre de errores y dueña de su libertad, se ha lanzado en busca del opresor que tanto la esclavizaba, y hé aquí que ante la poderosa fuerza de la razón que la asiste, has tenido que inclinar la frente, y te hallas como el pobre moribundo esperando tu última hora.

¡Quiera Dios que tus momentos sean breves, para que tu fétido aliento no emponzoñe por mas tiempo nuestra atmósfera!

Yo me despido de tí, como el niño del fantasma; como el preso de la cárcel; como el esclavo de su Señor; como el mendigo de la miseria; como la virtud del vicio; y corro sin descanso en busca de nuevos horizontes de luz.

Sí; el progreso con todo su esplendor se presenta ante mi vista, sus rayos luminosos se esparcen por el planeta Tierra, mi corazon se ensancha, y mi alma aunque prisionera en el estrecho círculo de la materia, presiente la felicidad y entona un himno de alabanza á Dios, para saludar al héroe de la libertad, y al gran legislador de las humanidades.

Progreso moral é intelectual; ¡ah! si el hombre comprendiera bien lo que encierra esta palabra, si el universo entero la estudiase, las inteligencias estarian mas claras, el vasto campo de la ciencia no nos arredraria, y nuestras conciencias estarian tranquilas, porque seríamos mas perfectos.

Muchos comprenden el progreso muy distintamente de lo que en sí es; creen que progresar es hacer grandes descubrimientos, y hacerlos pagar á peso de oro, por la sola ambicion de acumular riquezas y darse una vida regalona. ¡Ah, no es esto, nó!

Progreso en su verdadero sentido, es amarse mutuamente, ser humildes de corazon, ser sencillos y acercarse á la perfeccion. Y ya que con el progreso se hacen grandes descubrimientos y mejoras, que no sirva esto de libertad á unos, y de dogal á otros; sea sí, de provecho para toda la humanidad, y gocen todos de todo aquello que Dios en su infinita bondad concede á la tierra.

Todo aquel que tenga la suerte de ser el descubridor de una nueva ciencia, no tiene porque enorgullecerse; pues al hacerlo no hace mas que cumplir con su deber. Todos estamos en la tierra para progresar; se progresa trabajando, y como todos somos obreros del Señor, cada uno tiene el deber de trabajar segun sus fuerzas.

Si enjugamos alguna lágrima á nuestros semejantes, nada hemos hecho de mas, pues toda buena accion, redundá en beneficio propio; y así debiéramos ser mas activos, en labrar nuestra felicidad; esta es la mision del hombre en la tierra y su verdadero progreso.

Progreso indefinido, sí, faro divino, lumbrera del Universo, foco de ciencia, brújula del navegante en el proceloso mar de la vida, tabla de salvacion para el infeliz náufrago de la duda, árbol bajo cuya bienhechora sombra se acoge el sábio, base de la verdad, fuente del bien, lazo sacrosanto que unes á las humanidades sau

amor fraternal y puro, Sol del Espiritismo, esencia del cristianismo, aurora resplandeciente, destello de Dios, ¡Yo te saludo!

En alas de mi deseo
volando voy tras de tí,
y ansiosa sigo tu estela
desde confin á confin.

Yo quiero marchar contigo
sin cometer ni un deslíz,
porque á tí, Progreso Santo
no se adhiere el hombre vil.

Y á tu bienhechora sombra
por siempre quiero vivir,
para luchar con denuedo
cual valeroso adalid.

CÁNDIDA SANZ.

Barcelona.

Lo que dicen las } **¡YA ERA TIEMPO!**
Mujeres }

Ya era tiempo, sí, que la mujer hablara en las reuniones espiritistas, como ha sucedido en la reunion que tuvieron en Buenos-Aires los individuos de ambos sexos que componen la sociedad espírita «Constancia», cuya Asamblea general la celebraron el 9 de Agosto último, y en la cual dos mujeres de corazón pronunciaron sentidos discursos. Las pequeñas dimensiones de nuestro periódico, no nos permiten copiar todo lo que deseáramos; por esto transcribimos un discurso solamente, quedando los demás grabados en nuestra memoria con caracteres indelebles.

«Queridas hermanas y hermanos:

»Reconozco mi poca competencia para tomar la palabra en este recinto.

»Sé que mis frases serán incoherentes y mi voz débil; pero, confiada en vuestra indulgencia é impelida por la fuerza de gratitud que abriga en este momento mi corazón, arrojó el velo del rubor que cubre mi frente y el temor, que hace balbucear mis labios, y empiezo:

»Hermanas y hermanos.

»Lancemos una mirada sobre la superficie de toda la tierra y detengámosla sobre la mujer.

»¿Qué vemos? Que ese ser, esa hija de Dios, esa compañera del hombre, destituida se halla de sus facultades.

»El velo del oscurantismo ciega sus ojos, la opresion del hombre empequeñece su alma grande é impresionable, y ella en vez de formar parte de la inmensa sociedad humana, se convierte en un simple mueble de lujo.

»Ese sér lleno de pensamientos nobles y sublimes, de corazón saturado de sensibilidad, de amor y de cariño; dotado de inteligencia clara y perspicaz, vé cohartada sus prerogativas, y, por su propia debilidad é ignorancia, no puede romper las férreas cadenas que la sujetan al yugo de la esclavitud.

»Sí, hermanas, no tan solo en las edades pasadas, aun en la edad presente, hemos sido y somos la esclava del hombre y el juguete del oscurantismo y de la ignorancia.

»Ciegas hemos vagado por el mundo sin comprender siquiera un ápice de nuestra mision.

»Todo nuestro afán, todos nuestros pensamientos, en fin, lo que creíamos nuestro deber era mecer la cuna de nuestros hijos; llorar con ellos y con ellos sonreír.

»Pero ¿dónde se halla encerrado el progreso futuro de la humanidad?

- » En el corazón de nuestros hijos.
- » ¿Quiénes son las encargadas de elaborar esos corazones?
- » Nosotras, ¡las madres!
- » Y si la madre es esclava, ¿puede acaso inculcar en el corazón de sus hijos sentimientos de libertad?
- » Si la madre se halla sumida en el negro caos de la ignorancia y del error, ¿puede acaso dirigir el corazón de sus hijos hacia el brillante foco de la ciencia y de la verdad?
- » ¡Nó, hermanas, nó!
- » Es con lloro y con sonrisas como se educa el corazón de un hijo: pero con lloro traducido en ciencia y con sonrisa traducida en religión.
- » Con esa ciencia verdadera, basada en el sábio de los sábios, en Dios, y con esa religión clara fundada en la fé razonada y en esa misma ciencia; para que con ese lloro y esa sonrisa dirijamos nuestros hijos y nos dirijamos nosotras mismas al seno de Dios nuestro padre.
- » Hemos sido, queridas hermanas, perla sin brillo perdida en el cieno de la ignorancia y del fanatismo; pero, Dios, que jamás olvida á sus criaturas, envió una mano maravillosa, sublime, que vino á sacar la perla del fango, y hacerla brillar clara y pura ante la luz del sol.
- » ¿Sabeis cuál fué esa mano, que sin temor de mancharse, sin orgullo, llena de caridad, de amor y de humildad á sacarnos vino del lodo cenagoso en que estábamos sumergidas?
- » ¡Oh, permitid que goce un momento, que tenga un instante de expansión, acciando este nombre en mi mente!
- » Esa mano, queridas hermanas, fué el Espiritismo.
- » ¡Bendito mil veces él, que vino á enseñarnos nuestros deberes y á nivelar la frente de la mujer con la del hombre!
- » ¡Bendita una y mil veces la hora que con amor lo abracé!
- » He dicho.

(*Pasa al 173*) JUANA A. DE NAVAJAS.

Dice muy bien nuestra hermana en creencias, de la mujer depende el porvenir de la humanidad; y en la cuna de los pequeñuelos está la base de los pueblos grandes.

LO QUE PIDEN LOS NIÑOS.

III.

Como de costumbre nos reunimos á la noche siguiente Julia, su madre, Gaspar y nosotros; la primera nos leyó algunos párrafos de una carta de Enrique, y en uno de ellos le decía:

«En cuanto recibas esta, puedes ir con tu madre á buscar á la mia, y vais las tres á Chamberí (así darás un buen paseo) y os enterais á ver que le pasa á la nodriza del niño mas pequeño del malogrado Lopez, que su señora me ha dicho que hace mucho tiempo que no sabe nada de ella, y está con bastante cuidado, porque la última vez que tuvo noticias suyas le decía que el niño estaba muy delicado.»

—¿Y habeis ido á ver que ocurre? le preguntamos á Julia.

—Sí, esta tarde hemos ido; contestó la jóven tristemente.

—Y hemos recibido un gran disgusto; replicó su madre, porque hemos sabido que hace ocho dias que enterraron al hijo de Lopez, y de la nodriza no se sabe una palabra; desapareció hace quince dias dejando al niño muy enfermo, y una hermana de la fugitiva que vivia con ella, nos ha dicho que tiene indicios de donde se encuentra, que el marido ha tenido que salir en su seguimiento, que toda la familia

está disgustadísima, y entre tantas trapisondas el pobre niño ha muerto probablemente de abandono; mientras la loca de su madre se fué á París para evitarse disgustos y trastornos, y aquí ha dejado la mar de deudas; porque decia Enrique que todos los dias se ponía malo cuando iba á casa de Lopez, porque siempre encontraba nuevos acreedores; vaya, hay mujeres que hacen mas daño que un terremoto, y la de Lopez es una de ellas. Su marido muerto, su hijo tambien, no sé cuantas familias arruinadas por la quiebra de esta casa, y la causa de tantos desastres: gastando en París á troche y moche, ha puesto á los hijos en colegios á toda pension, y ella dicen que lleva un luto mas lujoso que el de una reina. ¡Ay! señor, y cuantos locos andan sueltos por el mundo.

—Ya lo puede V. decir, replicó Gaspar melancólicamente. ¡Oh! las mujeres!... las mujeres por su mal comportamiento hacen mas daño algunas de ellas que los comunistas y que todos los revolucionarios habidos y por haber.

Ayer hablábamos de como se crian generalmente los hijos de los pobres, y en honor de la verdad no se crian mucho mejor los hijos de los ricos; dejando aparte honrosísimas y numerosas escepciones; pero la mayor parte de las mujeres ricas no crian á sus hijos; y en cambio los crian las pobres que les falta tiempo para cuidarlos y que ni se alimentan lo suficiente para darles á las tiernas criaturas toda la sávia que ellas necesitan, y los hacen comer antes de tiempo, y pasan mil fatigas para sacar adelante á los débiles pequeñuelos, que muchos de ellos viven de milagro; y las mujeres ricas las que se pueden dedicar exclusivamente al cuidado de sus hijos, las que tienen todo lo necesario y aún lo supérfluo, para vivir comodísimamente: estas, siguiendo el capricho de la moda, entregan sus hijos á las nodrizas y renuncian con la mayor indiferencia á sorprender las primeras sonrisas inteligentes de los pequeñitos, las alegres miradas y los inocentes alhagos de los chiquitines, esas encantadoras confianzas, y esos discursos á medio decir que pronuncia el niño cuando principia á llamar á su madre. Todos esos preciosísimos detalles pasan completamente desapercibidos para esas mujeres que solo tienen cerca de sí á sus hijos cuando estos estan en el claustro materno; pero que despues de su alumbramiento no son madres mas que en el nombre.

Una mujer cualquiera se apodera del recién nacido, y vende sus frias caricias por un tanto mensual, y el niño crece sin esa ternura íntima, sin ese arrobamiento estático que es la segunda vida del hombre.

Pasan algunos años y los niños reclaman una esmerada educación, y entran en los colegios donde adquieren los conocimientos necesarios para saberse presentar en el mundo; y si muchos hijos de los pobres pasan su infancia en la calle, muchos hijos de los ricos pasan su niñez entre seres estraños que les prodigan afectuosas atenciones segun la retribucion anual que reciben; y cuando vuelven al lado de su familia, mientras mas opulenta es esta, mas completa es la separacion de los hijos y los padres, porque hay mas lujosa servidumbre de por medio; las niñas tienen ayas y doncellas para su servicio particular, y los niños preceptores y ayudas de cámara; y cuando los hijos de estas grandes casas toman estado, comienzan á formar una familia sin saber que la han tenido: no saben mas sino que son muy ricos, y aprecian la vida por el mucho oro que poseen. ¿Y estos seres han vivido? Nó; la vida, la verdadera vida es otra cosa; más dulce, más tierna, más íntima, más delicada, más amorosa y más espiritual. Yo he tenido la dicha de visitar á una familia inmensamente rica que comprenden la vida como la comprendo yo, y no se diga que eran ricos sin blasones, pues son nada menos que duques y crian á sus hijos de un modo que encanta. Es un matrimonio que se hizo por amor; y diez hijos han venido á estrechar más y más aquellas dos almas gemelas. La duquesa separada por completo del gran mundo ha criado á sus diez hijos, sin permitir que una mujer estraña le robe una de sus primeras sonrisas. El duque por su parte, convertido en maestro de sus hijos, asiste á todas las lecciones que aquellos reciben de entendidos profesores; y les advierte á estos últimos el carácter especial de cada niño, para que al que es irascible no le traten con demasiada dureza para evitar un choque violento, y al que

es simplemente desaplicado, le hagan estudiar con ahinco. El es el médico de sus hijos: cuando yo voy ya me encuentro la mitad del trabajo hecho, y él me dice y tiene razón:

—Créame V., doctor, todos los padres de familia debían tener algunas nociones de la ciencia médica y se evitarían muchísimos disgustos. ¿Quién mejor que el padre puede conocer la naturaleza de sus hijos? Yo que gracias á Dios no tengo otra cosa que hacer que dedicarme á ellos, asisto á sus comidas, y de consiguiente veo si son glotonos, y evito que se apodere de mis hijos ese vicio feo y perjudicial; porque la glotonería es la causa de casi todas las enfermedades de los niños. Observo y estudio el temperamento de cada uno, de noche vigilo á ratos su sueño, así es, que estoy tan identificado con su vida que su mas leve dolor de cabeza ya sé de que les proviene.

Pueden Vds. creer, amigas mías, que yo disfruto hablando con este hombre. Él realiza el padre de familia que yo tengo soñado. Este sí que comprende lo que piden los niños, que piden amor, mucho amor, mucha paciencia, mucha abnegación, innumerables cuidados y multiplicadas precauciones, para evitar que se lastime su cuerpo y se vicie su alma.

En el gran drama social el padre y la madre de familia son los primeros actores, y de ellos depende que la comedia humana se convierta en tragedia ó tenga un feliz desenlace.

Los pobres viven como pueden; pero los ricos que viven mas dueños de sí mismos, estos deben dar á sus hijos todo lo que piden los niños; como hace el duque que os he referido. Otra cosa hay que yo lamento con toda mi alma; y es la malísima costumbre de vestir á los niños con tanto lujo, como los visten hace algun tiempo, porque los chicuelos crecen orgullosos, vanidosos, presumidos, y no están contentos mas que cuando estrenan trajes. Los niños no piden lujosas galas para el cuerpo, piden virtudes, virtudes para el alma, y los padres que pueden consagrarse á su cuidado debían tenerse por muy contentos y muy felices de poder cumplir tan hermosa misión. Veremos si Enrique y Julia llegan á ser ricos, á ver que les dais á vuestros hijos, pudiéndoos dedicar á ellos.

—Yo le aseguro á V., dijo la jóven con voz conmovida, que rica ó pobre pediré á Dios que me inspire para dar á mis hijos *todo* lo que piden los niños.

—Así lo espero, hija mia, replicó el doctor; y nos separamos despidiéndonos para la noche siguiente.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

Conclusion

PENSAMIENTOS.

No te contentes con alabar á las gentes de bien; imítalas.—*Isócrates*.

El mas infeliz de los hombres, es aquel que no sabe soportar la desgracia.—*Bias*.

La verdadera independéncia se funda en estas tres palabras que siempre he admirado: ¡vivir con poco! Hé aquí el mejor preservativo contra la esclavitud.—*W. Cobbett*.

Haz bien á tus amigos para ganarte mejor su aprecio; hazlo también á tus enemigos, para que al fin se hagan amigos tuyos.—*Cleóbulo*.

Sirve de guía al ciego, y abre tu casa al desterrado.—*Isócrates*.

¿Qué es la religion de Cristo? Todo menos falacia, menos brujería, menos crueldad, menos ambición, menos encono, menos orgullo. Todo menos comerciar con el alma del cristiano. Todo menos el mal.—*Roque Bárcia*.

Hacer bien es la única felicidad reservada á los hombres de la tierra.—*Emilio Castelar*.

El que me enseñase á olvidar todo cuanto quisiera, me haría mas obsequio que si me enseñase á recordarlo.—*Temistocles*.

El laborioso paga su vida; el perezoso la roba.—*Focilides*.

La utilidad y el deshonor no pueden hallarse juntos.—*Ciceron*.

SAN MARTIN DE PROVENSALS: Imp. de Juan Torrents y C.^a, Triunfo, 4.